



36

ALBERT SÁNCHEZ PIÑOL

VICTUS

Barcelona, 1714



35

Novela histórica
NOVEDAD OCTUBRE



La Campana



© ferranforne

ALBERT SÁNCHEZ PIÑOL

Barcelona, 1965. Antropólogo y escritor. Ha publicado el ensayo satírico *Pallassos i monstres* (Edicions La Campana, 2000; *Payasos y monstruos*, Editorial Aguilar, 2006) sobre ocho dictadores africanos. La crítica ha dicho que es un libro formidable, que ilumina a través de la documentación y la sátira una oscura realidad que se nos oculta. Conjuntamente con Marcello Fois es autor del libro de narrativa *Compagnie difficili* (Literalia, 2000), editado en Italia. También ha publicado el libro de cuentos *Les edats d'or* (Proa, 2001).

La novela *La pell freda* (Edicions La Campana, 2002; *La piel fría*, Edhasa, 2003) supuso la entrada de Albert Sánchez Piñol en el campo novelístico con una obra sorprendente por su fuerza y originalidad. Ha conseguido un éxito excepcional de venta y crítica y se han vendido los derechos de traducción a 37 lenguas.

Pandora al Congo (Edicions La Campana, 2005; *Pandora en el Congo*, Suma de Letras, 2005) y *Tretze tristos tràngols* (Edicions La Campana, 2008; *Trece tristes trances*, Alaguara, 2009) confirman la calidad del escritor catalán contemporáneo más internacional.

Este opúsculo contiene algunos fragmentos de la novela, seleccionados por el autor

VICTUS

Edicions La Campana, 2012

www.edicionslacampana.cat

Tel. 934 531 665, Barcelona

Si el hombre es el único ser que posee una mente geométrica y racional, ¿por qué los indefensos combaten al poderoso y bien armado? ¿Por qué los pocos se oponen a los muchos y los pequeños resisten a los grandes? Yo lo sé. Por una palabra.

Nosotros, los ingenieros de mi siglo, no tuvimos un oficio, sino dos. El primero, sagrado, construir fortalezas; el segundo, sacrílego, destruir fortalezas. Y ahora que estoy hecho un Tiberio, dejadme que os revele la palabra, esa Palabra. Porque, amigos míos, enemigos míos, insectos todos en la circunferencia diminuta de este nuestro universo, yo fui el traidor. Por mi obra expugnaron la Casa del Padre. Yo rendí la ciudad que me había sido dado defender, una ciudad que desafió el poder de dos imperios coaligados. La mía. Y el traidor que la entregó fui yo.

[...]

Lo más difícil, siempre, es empezar. ¿Cómo empezó todo? Y yo qué sé. Ha pasado casi un siglo. ¿Se dan cuenta de la enormidad de lo que acabo de decir? He dado tantas vueltas al Sol que a veces ni siquiera recuerdo el nombre de mi madre. Si tengo que escoger el momento que marcó el inicio del todo, les diré el día exacto: 5 de marzo de 1705. En esa fecha, con catorce añitos, entré en el castillo de Bazoches como alumno tutelado por el mismísimo marqués de Vauban. ¿Que quién era Vauban? Un titán y una leyenda. El hombre que había construido o remodelado las fortificaciones de trescientas plazas. ¡Trescientas! Había participado en más de ciento cincuenta acciones de guerra, mayores y menores. Y lo más hermoso y grande: el expugnador de cincuenta y tres ciudades, todas mejor defendidas que Troya. ¿Pero saben qué? En esa época de mi vida Vauban y su filosofía poliorcética me importaban un bledo. Al hijo de un barcelonés con ciertos recursos había mil aficiones más interesantes que los rigores de la instrucción que acompañaban a los ingenieros, y además militares. ¿Por qué me quedé, pues?

[...]

Ha pasado casi un siglo y aún veo a Jeanne Vauban, la hija pelirroja del marqués, sentada ante mí, la cabeza ladeada, llevándose con una mano mechones de cabello rojo a la boca mientras me mira con unos ojos que podían

sugerirlo todo o nada. Si hubiéramos estado a solas los dos, creo que habría saltado sobre ella.

Vauban volvió a darme unos golpecitos en el pecho.

—¿Cree que está aquí para convertirse en un simple «ingeniero»? Se equivoca. Bazoches es la fuente de unos secretos al alcance de muy pocos. Sépalo: cuando acabemos con usted, ya no será un vulgar ser humano. Ciertamente: tocará las puertas de la gloria con dedos de hierro. Pero sin recompensas. Y para convertirlo en ingeniero Bazoches le extraerá todo su ser y volveremos a metérselo dentro. Se sentirá como si se tragara mil veces su propio vómito. Solo entonces será digno del *Mystère*. —Hizo una pausa para llenar sus viejos pulmones de aire y preguntó—: ¿Se siente preparado para semejante empresa? Una parte de mí me decía que me largara de allí. Que saliera pitando y no me detuviese hasta que hubiera cruzado los Pirineos. Que dejara bien plantados a ese Dios de los ingenieros, el tal *Mystère*, y al Marqués Chiflado, para que se frieran en su propia salsa y no me liaran en sus devaneos. Por otra parte, también pensaba: ¿por qué no? Aunque no fuera lo que me había imaginado, tampoco tenía muchas alternativas. Mientras dudaba, desvié unos grados la mirada, hacia la hija del gran Vauban. Vaya pedazo de pelirroja.

Me puse firmes y respondí:

—¡Estoy preparado y ansioso, *Monseigneur*!

El hombre asintió ligeramente. Pero su plácet contenía un algo inquietante, porque volvió la cabeza hacia su hija y dijo:

—No entiende lo que le espera.

En el fondo, las decisiones más importantes de nuestras vidas no las tomamos nosotros, sino que nos vienen dadas. ¿Por el olor invisible del *Mystère*? Es posible. O por la polla. También es posible.

[...]

Pag 52/600

Ahora viene cuando tengo que contar que Jeanne y yo caímos el uno en brazos del otro. Cómo la sedujo, o ella me sedujo a mí, o cómo creí seducirla cuando en realidad era ella la que me seducía, o al revés, o a la vez. Ya saben, el amor y todo eso. Lo que pasa es que la lírica nunca se me ha dado bien y no tengo ni idea de cómo dictarlo bonito.

Miren, entre el campo de prácticas y el castillo había un pajar. Imagínense

a Zuvi y a Jeanne en la parte de arriba, en un lecho de paja seca, desnudos y el uno encima del otro, y al revés.

Ya está contado.

[...]

Pag 30/600

–Este será su programa de estudios –anunció–. Léalo en voz alta, por favor. No conservo la nota ni falta que me hace. La recuerdo perfectamente:

6.30-7h: Aseo. Oración en capilla. Desayuno
7-8h: Dibujo
8-9h: Matemáticas. Geometría. Zumo de limón
9-10h: Sala esférica
10-12h: Castrometría. Topografía
12-12.30h: Almuerzo. Zumo de limón
12.30-14h: Campo
14-15h: Obedecer y mandar. Táctica y estrategia
15-16h Historia. Física
16-17h: Agrimensura. Balística. Zumo de limón
17-19h: Mineralogía. Campo
19h: Cena
19.30-21h: Arquitectura
21-23h: Campo. Oración en capilla

Ese era el plan de estudios, aunque en realidad la oración no me la exigieron nunca, y la capilla ni la pisé.

–Los domingos libraré usted. ¿Está de acuerdo con el plan general? – preguntó con esa sonrisa perpetua.

¿Qué iba a decir? ¿Que no?

–Perfecto, entonces –se felicitó–. Empecemos. Por favor, vaya a la sala adyacente y tráigame *La nouvelle fortification* de Nicolaus Goldmann. Y también el *De Secretis Secretorum* de Walter de Milmete.

Cuando tuve Goldmann y Milmete ante mis ojos me ordenó:

–Lea. Y si entiende algo, dígamelo.

Curiosa directriz. Me dejaron un buen rato leyendo sin interrumpirme. Me dediqué a ello con toda mi buena voluntad. Empecé por el Milmete ese porque

el título prometía. Con tanto secretito yo me esperaba dragones, fuentes de la vida eterna, plantas carnívoras que se tragan bueyes, cosas así. Qué va, era un tostón. Lo único que me llamó la atención fueron las láminas de una especie de ánfora romana provista de cuatro patas y que vomitaba fuego. En cuanto a Goldmann, lo más interesante también eran los dibujos. Me parecieron garabatos de alguien que estaba tan aburrido que no tenía nada mejor que hacer que llenar páginas y páginas con geometrías de maniático perdido. Un rato después me preguntaron:

–*Et alors?*

Levanté la mirada. Más valía ser sincero.

–No entiendo nada de nada.

–Perfecto. Esa era su lección de hoy. Ahora ya sabe que no sabe nada.

[...]

Pag 54/600

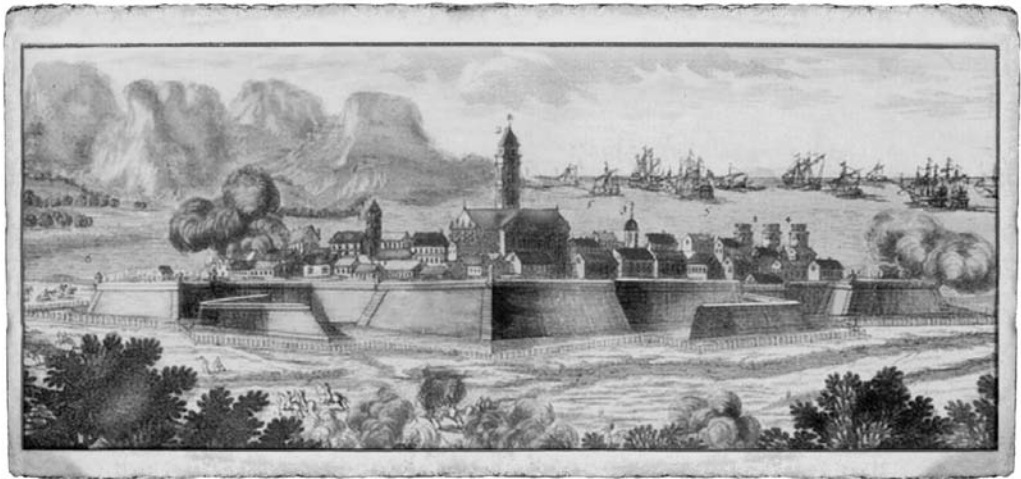
Según Sébastien Le Prestre de Vauban, toda la historia del arte militar podía resumirse como una disputa eterna entre atacante y defensor. Al invento de la porra lo siguió el del peto. Al de la espada, el del escudo, y al de la lanza, el de la coraza. Cuanto más poderosos eran los proyectiles, más gruesas se diseñaban las armaduras.

Si hay algo que los hombres siempre hayan buscado proteger con más ansia que sus cuerpos, son sus casas. Si lo miramos con detenimiento, las grandes batallas no han sido otra cosa que un intento de alejar el combate de los hogares. Caín machacó la cabeza de Abel con un pedrusco, sí. Lo que la Biblia no cuenta es que al día siguiente Caín asaltó la casa de su hermano, le robó los cerdos, violó a su mujer y esclavizó a sus hijos. Fuego contra cuevas. Escalas contra empalizadas de madera. Torres de asedio contra muros de piedra.

Las murallas de la Edad Media eran altas y verticales. Cuanto más gruesos fuesen los muros y más altas las almenas, por más fuertes se tenían sus defensas. Y para reforzarlas aún más, ahí estaban los torreones añadidos a su perímetro.

Todo el poderío de las murallas medievales estaba a la vista, y aún hoy evocan tanta fortaleza que si pedimos a un niño que dibuje una muralla escogerá una de corte antiguo, aunque no la haya visto nunca, antes que aquellas modernas bajo las cuales juega cada día.

Vauban invirtió los principios tradicionales del amurallamiento, haciendo que fuera más y más inclinado, una escarpadura que a veces alcanzaba los sesenta grados. Gracias al ángulo de las paredes, los proyectiles de los cañones rebotaban en vez de penetrar. Y puesto que los cañones tienden al tiro oblicuo, era difícilísimo acertarles con un mínimo de precisión. Aún más: la altura medieval de las murallas se había convertido en una desventaja, de modo que el sistema vaubanio las construyó detrás de un foso muy profundo, ocultándolas. En algunos proyectos de Vauban las fortificaciones mantenían un perfil incluso más bajo que los edificios de la plaza. Eso producía un efecto curioso: un ejército que se acercara a la ciudad apenas vislumbraría las defensas, y en cambio se le aparecerían claramente los edificios civiles que estaban por detrás de ellas.



[...]

Pag 64/600

Me anunciaban la concesión de un Punto cuando había hecho un progreso sustancial. Yo tendía el brazo derecho sobre una mesa, con la palma arriba, y me tatuaban con unos hierros que parecían en parte bisturí en parte instrumento de tortura. El primer Punto me lo grabaron en la muñeca, justo en la unión entre la mano y el antebrazo. «Punto» es una definición muy somera. El primero fue eso, un simple círculo de tinta indeleble de color violeta oscuro que al tatuármelo me dolió una barbaridad. El siguiente, más sofisticado, seguía al primero, antebrazo arriba y separado por un par de centímetros. Era

como el símbolo de sumar, +, aunque con las puntas unidas por líneas, como una veleta. El tercero, un pentágono. Cada Punto era más elaborado que el anterior. A partir del quinto se definían las formas de una fortaleza abaluartada. Se supone que el ingeniero perfecto tiene diez Puntos, que le recorren el antebrazo hasta el pliegue del codo.

Pag 110/600

[...]

Vauban se moría. Según el protocolo tendría que haberme acercado a los pies de la cama y saludar al gran hombre con una inclinación de la cabeza. No pude. Le debía los dos años más fructíferos de mi vida, la formación de mi carácter y mi destino. Me abalancé sobre su mano y la llevé a mi mejilla, llorando como un bebé. En favor de la familia Vauban, diré que nadie me lo impidió ni me lo recriminó. Es más, cuando levanté la cabeza el marqués me observaba, y si un padre le dice a un hijo con la mirada «yo te he hecho», esa fue la mirada más paternal que jamás me hayan dedicado.

El marqués dijo:

–Ha entrado en esta habitación como aspirante. Deseo que salga de ella como ingeniero real.

Pidió a sus hijas y a sus secretarios que nos dejaran a solas.

[...]

–Por motivos obvios –siseó el marqués–, tendrá que ser un examen breve. Voy a hacerle una sola pregunta. –Durante unos instantes contempló el techo con la boca abierta, pensativo. Por fin, sin apartar los ojos del cielo, dijo–: Resume el siguiente tema: bases de la defensa óptima de una plaza asediada.

No podía imaginarme una pregunta más sencilla. Así, pues, se trataba de un simple trámite. Antes de morir Vauban quería proyectar al mundo su último ingeniero, eso era. Por mucho que disimulara, yo sabía que estaba orgulloso de ese alumno díscolo y respondón y al mismo tiempo tan bien dotado para el oficio. Empecé esbozando las columnas vertebrales en que se apoyaba una buena fortaleza bastionada. El glacis, el camino cubierto, las distancias correctas entre bastiones para que las áreas batidas no ofrecieran puntos ciegos. Hasta me permití un análisis de la gola, es decir, la entrada a los bastiones, que, a mi entender, por lo general se diseñaba demasiado estrecha. Pero entonces ocurrió algo imprevisto.

Vauban me interrumpió. Aún tuvo fuerzas para levantar la voz.

–¡En síntesis, por favor!

Y lo que me asustó fue que también dijo:

–No, no es eso.

Así pues, ¿iba desencaminado? Me puse nervioso. Hablé del grosor de los muros, de los grados de inclinación. Del aprovechamiento del terreno para erigir defensas. Del foso y de las diversas formas de obturar brechas abiertas. Su mirada de disgusto me decía que no, que no era eso lo que quería oír. Hasta se pasó una mano por la frente, signo inconfundible de disgusto en el marqués. Hablé de las guarniciones, el número de hombres adecuado según el tamaño de la fortificación, las armas, municiones y provisiones necesarias. Cité a Herón de Constantinopla y sus sabios consejos al general que defendiera una plaza. En ese momento una punzada de dolor asaltó al marqués. Entornó los ojos, la boca crispada. Miró al techo, como pidiendo un aplazamiento, y dijo:

–¡No, no y no! Vaya a lo esencial, se nos agota el tiempo. –Y suspiró–. Bastaría con que mencionara una palabra, una sola que resume la defensa perfecta.

Los que agonizan no tienen tiempo para inconcreciones, y Vauban me trataba como si fuera un sinsustancia. Mi espíritu se tambaleó. Dudé de todo lo aprendido. ¡Mi resumen era exacto, sin grasa! ¿Qué se me escapaba? Insistí un poco más. Quizás Vauban quería saber la parte compasiva del arte de la defensa, así que referí todas y cada una de las medidas para mantener a salvo a los civiles mientras durara el asedio. No. Iba mal. Me detuve. No tenía ni idea de la respuesta que deseaba. Callé.

Él levanto el dedo índice y dijo algo que me llevaré a la tumba:

–Una palabra. Le basta con pronunciar una palabra.

Di un paso hacia su cama e incluso me incliné apoyando los puños en el colchón.

–Pero *monseigneur* –dije con el tono de voz más dulce y respetuoso que he usado en mi vida–, acabo de referir todo lo que Bazoches me ha enseñado.

Fue como si Vauban se rindiera. Se llevó una mano a los ojos.

–No, no lo ha hecho. No lo ha entendido. Basta. –Jadeó sin mirarme–. En conciencia, no puedo darle mi pláacet. Créame que lo siento, tendrá que buscar otro maestro más eficiente que yo. Le he fallado. –Y dictaminó–: No es usted apto.

Creí que el que se moría era yo, y no él. Hizo un gesto cansado con la mano, que volvió a caer sobre la cama.

–Ahora tengo una audiencia que no puedo eludir. Váyase.

Salí de la habitación más blanco que el yeso. Los Ducroix entendieron de inmediato lo ocurrido y me llevaron aparte, ocultándome del gentío carroñero. Yo a duras penas podía hablar. Me descubrí el antebrazo, desesperado:

–¡El quinto Punto! Lo tengo grabado en la piel, pero no es mío. ¿Quién lo validará ahora? ¿Quién?

Mientras me arrastraban, gimoteé como un perrito que acaba de recibir una paliza inmerecida.

–Pero ¿qué palabra me pedía el marqués? –dije entre sollozos–. ¿Qué palabra?

Y así, todo mi futuro se vería lastrado por una palabra, esa Palabra. O la descubría, convirtiéndome en ingeniero, o habría de morir siendo menos que nada.

[...]

Pag 115/600

Y así fue como el *pocapena* de Martí Zuviría se vio metido en el embrollo más grande del siglo, la llamada guerra de Sucesión Española. La mayor guerra que el mundo haya conocido. Implicó a docenas de naciones, que durante un cuarto de siglo batallaron por varios continentes. Me falta la autoridad del historiador para pontificar sobre sus causas, pero al tratarse de un fenómeno tan vasto, y que me afectó tan decisivamente, no tengo más remedio que esbozar los hechos principales. No sufran, seré breve.

En el año 1700 moría el emperador Carlos II de España, un engendro de la naturaleza, un fardo babeante que si no hubiera sido rey se habría pasado la vida encerrado en algún monasterio. Sus súbditos castellanos lo llamaban «el Hechizado». Yo no sería tan piadoso, así que dejémoslo en «el Tarado». No tuvo descendencia. ¿Cómo iba a engendrarla? Estaba tan mal de la azotea que debió de morir sin saber que ese rabanito que cuelga entre las piernas sirve para algo más que para hacer pipí.

Todos los reyes, por definición, son unos tarados o acaban siéndolo. El único debate es saber si para sus súbditos es mejor que los gobierne un tonto del culo o un hijo de puta. De joven yo era partidario de los tontos, porque al menos se conforman con comer faisán y dejan en paz a la gente. El Tarado, por ejemplo, fue muy lamentado en Castilla pero muy popular en Cataluña. ¿Por qué? Pues porque no hizo nada de nada. Su atrofia cerebral era un reflejo de

Castilla y de su imperio coagulado. A los catalanes ya les iba bien. Cuanto menos gobierne un rey y más lejos esté, pues tanto mejor.

[...]

Castilla tuvo su momento de oro con la conquista de las Américas. Luego cayó en un sopor lánguido y mortecino. Estaba escrito en sus raíces. El personaje castellano por excelencia es el hidalgo, invento medieval que aún pervive. Orgulloso hasta el extremo de la locura, desvivido por el honor, capaz de batirse a muerte por un pisotón, pero incapaz del menor empuje constructivo. Lo que para él son gestos heroicos, para la mirada catalana no pasa de ser un empecinamiento en el más risible de los errores. No ve más allá de lo inmediato, como las libélulas, con aspiraciones tan luminosas en las alas como erráticas en la dirección, vuelos bajos y sin ruta firme. Sus manos solo pueden empuñar armas; lo contrario sería ensuciárselas. No comprende, y menos tolera, otras formas de vivir la experiencia humana: lo industrial le repele. Si quiere prosperar, su misma concepción elevada de la dignidad, paradójicamente, lo empuja al saqueo de continentes indefensos o al miserable oficio del cortesano.

La hidalguía española... la hidalguía española... ¡Me tiro un pedo en su hidalguía! ¿Qué teníamos nosotros que ver con esa gentuza? Para un castellano de pro trabajar era una deshonra; para un catalán, la deshonra era no trabajar. Aún oigo a mi padre, enseñándome sus manazas con los diez dedos abiertos: «No te fíes de nadie que no tenga callos en las manos.» (Bueno, yo no he dado golpe en mi vida, pero ese no es el tema).

Su cochambroso imperio se hundía en los limos más bajos y sucios de la historia. Millones de esclavos indios se deslomaban en las minas americanas a golpe de látigo, pero Castilla era incapaz de construir una economía libre o al menos saneada. Cualquier iniciativa que saliera de su vientre era abortada por una monarquía de tintes asiáticos, menesterosa y abúlica.

[...]

En ese año de 1700, por fin, tras la muerte del Tarado, se puso en evidencia la magnitud del desacuerdo entre Cataluña y Castilla. Para los catalanes un rey francés era una aberración política, el fin de todas sus libertades, de su esencia misma como nación. Su régimen autocrático, que antes o después aplicaría a las Españas, anularía cualquier poder autóctono. Al decidirse Castilla por el Felipito, el conflicto no tenía vuelta atrás. Por reacción, Cataluña optó por el archiduque Karlangas de Austria como aspirante al trono español. (O por el

maharajá de Cachemira, si hubiera presentado sus credenciales, cualquier cosa antes que un Borbón francés.).

Y ya basta. Pero ahora quizás se entienda mejor el panorama peninsular de 1700. Para los catalanes, España solo era el nombre que se otorgaba a una confederación libre de naciones; los castellanos, en cambio, en la palabra España veían una prolongación imperial del brazo de Castilla. O dicho de otra manera: para los castellanos España era el gallinero y Castilla su gallo; para los catalanes España solo designaba el palo del gallinero. He ahí la tragedia. De hecho, cuando un catalán y un castellano empleaban la palabra «España» se estaban refiriendo a dos ideas opuestas, de ahí que los extranjeros no entendieran nada de nada. ¿Ven lo que les decía? En realidad España no existe; no es un sitio, es un desencuentro.

[...]

Pag 125/600

Les acabo de resumir cómo vieron los catalanes su última guerra, aquella que acabaría por destruirlos como nación. Pero ese abril de 1707 Zuvi *Piernaslargas* solo era un chaval al que la política y la historia le importaban un pimiento, y que se dirigía al meollo de aquella guerra a bordo del ejército francés. Y todo por encontrar una palabra.

[...]

Lo primero que destacaba en Berwick era su cara de niño, muy poco militar. Al verlo pensé: «Dios mío, ¿cómo puede este crío hacerse respetar por todo un ejército?» Por entonces tenía treinta siete años, y su tez seguía siendo tan lisa y delicada como la de un bebé. Su cara era un óvalo perfecto. La nariz, firme y delgada, la dividía en dos; los labios, aunque estrechos, eran de una sensualidad desbocada. Ese efecto quizás lo causaran unas comisuras que tendían a elevarse amablemente. Las cejas eran dos arcos finos producto de la depilación. He visto pocos ojos tan negros. El derecho un poco más cerrado. Atribuí ese rasgo a la aplastante tensión a la que se hallaba sometido.

[...]

Había dejado Barcelona de niño y regresaba hecho un hombre. Fracasado, pero hombre. Y esta voz que les habla les asegura que no ha conocido puerto más frívolo ni ciudad habitada por más extranjeros. ¡Ni siquiera en América!

Venían, se quedaban y sus orígenes se fundían en la multitud. El día que decían instalarse catalanizaban sus apellidos, para disimular, así que uno no podía saber si su cuna estaba en Italia, Francia, Castilla u otros sitios mucho más exóticos. Por lo demás, y a diferencia de la obsesión castellana por la sangre limpia de morerías y judeidades, a los catalanes les importaba un rábano el origen de sus vecinos. Si tenían dinero para gastar, eran más o menos simpáticos y no jodían con tonterías religiosas, nadie importunaba a los recién llegados. Ese ambiente, tan pasivamente receptivo, hacía que las gentes se metamorfosearan en menos de una generación.

[...]

Pag 188/600

Los debates en el parlamento habían empezado y Peret me invitaba a asistir.

–¿Y pretendes entrar? –me mofé de él–. Han puesto guardia triple, la plaza Sant Jaume está llena de exaltados. ¿Es que no los oyes?

Hasta nuestras ventanas llegaban los aullidos de la gente indignada que se concentraba allí.

–Tú sígueme y calla. Y ponte la ropa de los domingos.

No tenía nada mejor que hacer y fui tras él. Nos costó llegar, porque, en efecto, la plaza de Sant Jaume estaba a rebosar de gente chillona. No eran exactamente revolucionarios, los cuerpos no se apelotonaban ante las puertas y contra los guardianes. Las miradas se dirigían al balcón. El gentío no quería derrocar el gobierno, sino que lo acaudillaran. Su clamor era:

–¡La *Crida*! ¡Publicadla! ¡Publicad la *Crida*!

Con la *Crida* se referían a la llamada legal a las armas. Solo la *Crida* tenía el sacrosanto poder de convocar a los catalanes adultos para la defensa de la patria, y al mismo tiempo quien se alzara sin su sostén se veía reducido a la condición de miquelete; es decir, un fuera de la ley, por muy patrióticas que fueran sus intenciones. Por eso tenía tanta importancia que su publicación se hiciera siguiendo las formas legales. Y la razón de ser de los felpudos rojos, naturalmente, era impedirlo.

El parlamento estaba dividido en dos bandos antagónicos: los partidarios de emitir la *Crida*, crear un ejército exclusivamente catalán y resistir, y los que preferían someterse al ejército borbónico que se acercaba. Como ya he dicho, los felpudos rojos no tenían ningún interés en defender las Constituciones, y sin una *Crida* legal no habría llamada a las armas.

[...]

Imagínense una larga sala rectangular, altos techos y paredes pétreas. Tres de esas paredes estaban cubiertas de magnos asientos tapizados de terciopelo, naturalmente de color rojo, rigurosamente alineados. En la mesa principal solo había un libro de juramentos y una campanilla, todo encima de un gran mantel carmesí. La campanilla, en teoría, servía para abrir y cerrar los turnos de palabra. Y digo en teoría porque cuando los debates se hicieron más apasionados a los oradores la campanilla les importó un higo chumbo.

[...]

No estaban todos los que habrían tenido que estar, y no todos los que estaban tendrían que haber estado. Muchos delegados no pudieron acudir (tenían una buena excusa: remaban en galeras o colgaban de un árbol); otros, simplemente, habían desertado de sus obligaciones.

[...]

El portavoz del bando de la sumisión era un tal Nicolau de Sant Joan. Antes de que empezara a hablar ya lo aplaudían. Urgió al silencio. De solemnidad, al menos, no iba corto.

[...]

—Hállase nuestra patria entre Castilla y Francia; las puertas del mar, cerradas por las fuerzas marítimas de Francia. Aprensión y justo recelo debemos tener de los ingleses, que nos han entregado. Pregunto: ¿dónde tiene el rey, nuestro señor, un armamento marítimo superior al de estas dos potencias para transportar socorros? Y aunque llegaran, ¿qué sumas podrá administrar en nuestra ayuda si consideramos la guerra que tiene pendiente en el Rin?

—¡Lo que necesitamos son más cojones y menos mantecosos, tonto del culo! —gritó Peret. Y no fueron pocos los que lo apoyaron—. ¡Buuu, buuu!

—¡A callar! ¡Bribones, bribones! ¡Fuera del consistorio! ¡Fuera!

Esto lo decían los de la claque de los felpudos rojos, pateando el suelo y haciendo grandes aspavientos. Para los felpudos rojos las gentes sin distinción eran poco más que chusma que solo servía para interferir entre su cargo y las sabias decisiones que tomaban. Pero olvidaban que no todos los de su clase pensaban igual. Y de entre esos, destacando como un faro anclado en un desierto un tal Ferrer, Emmanuel Ferrer.

Ferrer era un noble menor, pero muy popular porque se había distinguido en la administración de la ciudad. Esta rata humana que les habla tiene tanta madera de héroe como una herradura, pero ello no impide que sepa recono-

cerlos, en toda su magnitud, cuando aparecen en el horizonte. Ferrer tenía una vida cómoda y tranquila, era rico y feliz. Votando por la resistencia no ganaba nada, lo perdía todo. Una vez hablara se habría significado, y cuando los borbónicos entraran irían por él con toda su bilis despótica.

Cuando llegó su turno. Ferrer se puso de pie y dijo:

–Pregunto: ¿es otra Cataluña de la que era en otros tiempos? ¿No dan nuestras Leyes y Privilegios facultad para oponerse a los castellanos que injustamente quieren oprimirnos? ¿Qué motivo tiene el Borbón para oprimirnos con tanto rigor, queriendo de nuestros pueblos francos y libres hacernos nación del todo sujeta y esclava? ¿Quién, pues, podrá que queramos consentir que se entronice sobre los catalanes la vanidad y violencia castellana, para hacernos servir con la misma ignominia con que hacían servir a los indios?

–¡Locos, irresponsables! –replicaron los partidarios de los felpudos rojos–. ¡Vais a traer la desgracia a la nación toda!

Quiero ser ecuánime. Nunca afirmaré que todos los nobles que votaron por la sumisión fuesen unos vendidos. En absoluto. De hecho, había motivos más que razonables para no oponer resistencia. Nos habían abandonado, nos atacaba todo el poder de las Dos Coronas, los imperios de Francia y España coaligados. Votar por una solución negociada, por poco que a esas alturas se pudiera obtener de ella, no implicaba necesariamente estar al servicio del Felipito.

Ferrer invocó al rey de Portugal, un reino temeroso de seguir la suerte catalana y que sin duda nos ayudaría; si resistíamos, el emperador Karlangas no podría desentenderse sin ver empañado su prestigio internacional; Inglaterra había firmado un prístino pacto; los embajadores catalanes recorrerían todas las cortes de Europa exponiendo la causa de un pueblo que solo ansiaba el más elemental de los derechos: sobrevivir.

Lo interrumpieron varias veces. Ferrer se mantuvo sordo a las voces de amigos y enemigos. Hizo un repaso de la historia de Cataluña, de la nefasta unión dinástica con Castilla, y continuó:

–Por todas estas razones, que desde luego se empuñen las armas y se alcen banderas, se alisten soldados sin que se pierda un momento. Válganse los Fidelísimos Brazos Generales de toda la autoridad que Dios ha depositado en sus manos; manden desde luego hacer manifiestos para que conste a toda Europa de nuestra justicia y a la posteridad de nuestro proceder, y que nuestros enemigos experimenten a su costa que no ha decaído un punto el espíritu ni el honor de la nación catalana.

Pero en el fondo ni el mismo Ferrer se hacía ilusiones. La jugada era tan desesperada que casi se confundía con un noble suicidio.

–Acábase la nación con gloria –continuó–, pues vale más un glorioso fin que tolerar exacciones y violencias que no practicaron los moros.

Mi querida y horrenda Waltraud me interrumpe, alza su cabezota como una vaca sin pasto y me pregunta, una y otra vez, qué opinaba yo en esa época. No tiene la menor importancia, pero está bien, lo resumiré.

Mi punto de vista quería ser lo menos apasionado posible, y era este: que los dos bandos tenían la razón. Someterse implicaba perder las libertades que nos habían regido durante mil años, convertirnos en una provincia más de Castilla y su imperio, compartir el yugo de sus gentes, sufrir una represión despiadada. Resistir, tal y como pregonaban los felpudos rojos, ruina y masacre. Se trataba de escoger entre dos opciones igualmente malas.

[...]

Pag 299/600

Aún nos hallábamos en la plaza Sant Jaume cuando por el balcón salió un portavoz y, en efecto, hizo saber a la multitud que el brazo noble había votado por someterse.

Fue como si cayera un chaparrón helado. Nadie protestó. De entre aquellos miles de gargantas reunidas ni una sola elevó un grito airado. ¡Pero en vez de irse a casa acamparon allí mismo, en la plaza Sant Jaume!

Yo creo que el giro decisivo fue ese. No un acto de rebeldía, sino un desatamamiento sordo. La gente de allí abajo quedó tan desconcertada por lo que acababa de oír como los nobles, en el balcón, por el mutismo y la quietud colectiva. ¿Qué podían hacer? Expulsar a aquel gentío era imposible. Nadie se atrevía a hacerlo, ni tenía suficientes tropas para intentarlo. Y además un acto de violencia tal podría ocasionar los desórdenes que los mismos felpudos rojos se esforzaban por evitar.

En toda la noche nadie se movió de la plaza abarrotada. Al día siguiente se reunía el brazo popular. El ambiente de la calle, y el discurso de Ferrer, los habían enardecido tanto que el resultado de la votación fue a favor de la resistencia, y por una mayoría avasallante. Y esta vez sí, la plaza Sant Jaume estalló de alegría:

–¡Publicad la *Crida*! ¡Publicadla!

Gritaban tanto, y con tanta pasión, que ya no expresaban un deseo. Era una amenaza y una orden; desacatarla podía implicar cualquier cosa.

[...]

Pag 312/600

–Vámonos, Martí. Pero solo dime: ¿adónde? ¿Adónde?

No soportaba que me diera la razón: cuando lo hacía, me desarmaba. Por mi parte, me hice una pregunta distinta. ¿Qué derecho tenía un rey a alterar mi vida? Y en cualquier caso, ¿qué era lo que realmente me importaba de esa vida insignificante, esa paupérrima migaja del *Mystère*?

Lo que más amaba en el mundo era la visión de Amelis levantándose cada mañana de la cama, desnuda, y poniéndose de cuclillas sobre la palangana para lavarse. Sus cabellos negros le llegaban hasta los pezones. Siempre separaba mucho las rodillas. Y usaba mucha agua, quizás porque su entrepierna era el refugio de una densa mata negra. Desde la cama yo la miraba, y nos sonreíamos. Pese a mis miserias y desfachateces, nadie tenía derecho a interrumpir aquella sucesión de actos cotidianos que hacían reconocible la felicidad. Nadie.

Un suspiro. Alcé cuatro dedos hasta que mis yemas tocaron el vidrio de la buhardilla. ¿Qué había dicho el Diez Puntos? «Cuando toque ese cielo ya no podrá retirar las manos de él». Hay ocasiones en que la vida nos sitúa en ese punto exacto en que confluyen la moral y la necesidad. ¿Por qué se decide alguien a afrontar una lucha desesperada y mortal? ¿Por la gloria eterna? ¿Por la perpetua comodidad del género humano? No, hombre, no. Ya me lo dijo el *Mystère*.

La gente se deja matar en las Termópilas por una buhardilla.

[...]

Pag 313/600

Habiendo servido a las órdenes de don Antonio de Villarroel no me fue difícil conseguir una audiencia con él. Porque, aunque parezca increíble, los felpudos rojos lo habían elegido como comandante en jefe de nuestras fuerzas.

[...]

La cuestión es que acudí a su despacho con una mezcla de sentimientos opuestos. Mi querida y horrenda Waltraud me pregunta cómo es posible que aún no le hubiera hecho una visita, si ya se cumplía un año de su liberación. La

respuesta es muy sencilla: porque a la alegría de su regreso se sumaba la vergüenza de mi abandono, justo antes de su captura.

Me ofreció asiento y me trató cordialmente, demasiado. En don Antonio aquello no era buena señal. ¿Por qué? Pues porque nunca, jamás, era amable con los que estaban a su mando.

–Agradezco infinito su ofrecimiento –dijo por fin–, pero voy a rechazarlo.

Me quedé helado. ¿Acaso no habíamos compartido la Retirada de 1710? ¿No le había demostrado mi valía como ingeniero? Tras los muros de Barcelona no había muchos más ingenieros cualificados. ¿No me consideraba competente cuando sí lo había sido tres años atrás, y a campo abierto?

–Desde luego que sí. Pese a su juventud, como ingeniero domina unas técnicas inauditas y siempre efectivas.

–¿Y bien?

Reflexionó un instante antes de contestar con su vozarrón:

–Lo rechazo porque no tiene usted lo que hay que tener.

–¡Eran un grupito de cojos! –protesté–. ¿Y quiere saber algo triste, don Antonio? Cuando volví a Barcelona fui a pedir ayuda. Bien, pues nadie quiso escucharme, nadie en el ejército se acordaba de los carros que usted y yo escoltábamos. Y lo peor de todo es que quizás tuvieran algo de razón: cuatro carros de lisiados no iban a ganar la guerra.

–¿Lo ve? –me interrumpió–. Sirvió a mi mando, pero no entendió nada de nada.

Me sentía tan herido que no dije nada. Me levanté de la silla y fui hacia la puerta.

Ahora, tantísimos años después, creo que don Antonio tenía preparada la escena desde el principio. Porque cuando ya tenía la mano en el pomo, me dijo:

–Una palabra. Si en Illueca hubiera dicho solo una palabra, lo consideraría un ingeniero.

Me detuve. Una palabra. Quizás, durante alguna borrachera de licor malo, había confesado mi tragedia a don Antonio. ¡Una palabra! En cualquier caso, aquella frase me encendió las entrañas. Me volví, furibundo, y clavé los puños sobre su mesa de roble.

–¡Todo el mundo en esta ciudad se ha vuelto loco! –exclamé–. ¡Todos! ¡Desde el consistorio hasta el último mendigo apoyan una defensa insensata! He combatido la opinión de mi familia, de mis amigos, de mis vecinos. Y cuando por fin

son ellos lo que me convencen a mí de que participe en una defensa alucinada, llega usted, precisamente usted, y se niega a alistarme. ¡Pues no! ¡Sepa que no tiene derecho a hacerme esto! ¡Es mi ciudad, aquí está mi casa, y usted va a admitirme en su jodido ejército, le guste o no!

Dejó que me desfagara, y cuando las palabras me habían agotado el aliento, dijo:

–Eso ya está mejor. Al menos es un progreso. –Y después de una pausa añadió–: Se lo dije en Illueca, hijito. Esta guerra aún no se ha acabado, y sus tribulaciones tampoco.

Y solo se le olvidó añadir algo: mi búsqueda de la Palabra volvía a empezar allí, en el asedio de la misma ciudad que me vio nacer.



PRIMERAS OPINIONES

Es una novela extraordinariamente potente y, paradójicamente, muy original, de una tremenda originalidad dentro de su forma picaresca y que desprende un humanismo muy moderno... Albert ha hecho un trabajo extraordinario, y ahora tengo pasión por la magia de las fortalezas. También tengo que confesar que veo a los barceloneses con otros ojos. ¡Qué herencia tan formidable!

ALZIRA MARTINS, editora de Actes Sud (Francia).

La novela de Sánchez Piñol es fantástica, sabe cómo explicar una historia basada en un argumento del cual el lector no sabe nada; dibuja los personajes de tal manera que te quedan grabados en la memoria. *Victus* está llena de humor y al mismo tiempo de tristeza. El lector quedará tan conmovido y cautivado como en *La piel fría* y *Pandora en el Congo*. Creemos que *Victus* es una gran lectura, un entretenimiento literario e inteligente.

ISABEL KUPSKI, editora de Fischer (Alemania).

Lo que importa es el nivel y la calidad, y *Victus*, representa para mí esa clase de novela histórica que casi no se encuentra y que va más allá de la época en que se enmarca. ¡Fenomenal!

NELLEKE GEEL, editora de Signatuur (Holanda).

Las fantasías de Sánchez Piñol a veces resultan más reales que nuestra realidad cotidiana y nos explican cómo somos y cómo es nuestra propia vida.

VARYA GORNOSTAEVA, editora de Corpus Books, (Rusia).

Los personaje históricos de *Victus* me resultan tan vivos como lo es el Napoleón de Guerra y paz, pero creo que es un gran acierto que los acontecimientos heroicos nos los cuente una especie de antihéroe, con todas sus debilidades.

NINA AVROVA RAABEN, traductora al ruso.

Victus va más allá de una novela histórica al uso.

La lucha de clases y los conflictos identitarios, en su caso entre franceses, catalanes y castellanos, son el eje principal de la narración, aunque nada es lo que parece a simple vista... Como tantas veces en la historia, quien se lo juega todo para perderlo todo una y otra vez es el pueblo llano.

Un relato que se lee con la misma facilidad con que se bebe un vaso de agua.

ARTURO ARNALTE, periodista e historiador.

Quién iba a imaginar que el libro definitivo para comprender las tortuosas relaciones entre los catalanes y España iba a venir de una novela de aventuras contada por un sinvergüenza encantador como Martí Zuviría.

Con una rara mezcla de socarronería y erudición, *Victus* deslumbra por su ambición y profundidad histórica con una fuerza narrativa irresistible.

CARLES RODRIGUEZ, periodista cultural residente en Nueva York.

Victus rebasa todo lo esperable y lo deja a uno con la boca abierta.

Novela histórica, crónica de la Guerra de Sucesión, recreación asombrosa del asedio de Barcelona (y curso acelerado del arte de la fortificación), *Victus* es asimismo una trepidante novela de iniciación con ecos de la gran picaresca, y una reflexión a ratos sarcástica y a ratos vibrante sobre la dignidad y el heroísmo.

SANTIAGO DEL REY, periodista cultural, crítico, editor y traductor.

La novela refleja de manera perfecta el empeño de un pueblo por conservar sus Constituciones y su soberanía.

ANTONIO MUÑOZ, investigador de la historia moderna de Catalunya.

Quien apenas haya leído acerca de la historia de este período, se sentirá sobrecogido por el enorme daño que llegaron a causar en la diezmada y pobre población de la época las guerras entre países con monarquías tan ambiciosas como las europeas. El pueblo llano era, literalmente, carne de cañón. Y en cuanto a la historia de Cataluña... se aprenden y comprenden muchas reivindicaciones actuales, se sea o no de aquí, como es el caso de muchos de los que hemos sido adoptados por esta tierra.

Es una obra titánica que debe de haberle llevado años de estudio y documentación.

BEATRIZ BENÍTEZ CASTRO, traductora del inglés y portugués.

Albert es una gran escritor. Gamberro, alocado, *torracollons*,... pero también reflexivo, lúcido, irónico y brillante. Y tiene esa gracia de los narradores que hacen que todo parezca fácil, que la sucesión de los hechos parezca inevitable, que contar una guerra que ya sabes cómo acaba resulte trepidante y emocionante. Confieso que en algún pasaje llegué a derramar lágrimas.

PERE COMELLAS, Doctor en lingüística, traductor del portugués.

Me he emocionado tanto leyendo cómo el pueblo de Barcelona luchó contra todos los elementos hasta el último momento, dejándose en muchos casos la vida, que he sentido el impulso de coger un autobús e ir hasta el Fossar de les Moreres, sola, a sentarme allí, con ellos, un buen rato.

IVETTE ANTONI, Agencia literaria Carmen Balcells.

—¿En qué momento te planteas hacer una novela de los hechos de 1714?

Es un proyecto que viene de muchos años atrás... La Guerra de Sucesión siempre me ha apasionado. Es un momento crucial de la historia, y aún más para Cataluña. Además se puede decir que es la primera guerra mundial, con docenas de países enfrentados. Luego está la documentación sobre la guerra aquí y el asedio de Barcelona. Es espectacular. La voluntad de resistencia, el sacrificio de las clases populares... La tragedia de escribir sobre el 1714 es que siempre tendremos la sensación de que ningún relato está a la altura de los hechos.

—La Campana publicará la novela en otoño. ¿Cómo reaccionaron al saber que la novela sería en castellano?

Al principio les extrañó. Como a mí. ¡Yo escribo en catalán, ni siquiera yo hubiera dicho nunca que haría un libro en castellano... y menos aún sobre el 1714! Ni yo mismo sé qué ha pasado exactamente. Solo sé que el registro castellano funcionaba muy bien, y que escribir en otro idioma me daba una perspectiva de los hechos históricos diferente. El hecho creativo tiene factores irracionales, y yo creo que no debemos intentar controlarlos, sino todo lo contrario.

—Los ciudadanos de Barcelona tuvieron que resistir el asedio en el año 1714. ¿Crees que tú también sufrirás un asedio mediático por el hecho de haber escrito la novela en castellano?

No lo sé. Espero que no. Pero es posible. Ya se ha dicho, por ejemplo, que lo he hecho por dinero. Eso es rotundamente falso. Cualquiera que conozca la industria literaria sabe que, en efecto, habría podido ganar mucho más. Pero para ello debería haber cambiado de editorial, o haberme presentado a algún concurso muy bien dotado económicamente. Y no he hecho nada de eso. (...) Lo que me consuela es que *Victus* está consiguiendo traducciones, y que los lectores rusos, alemanes, holandeses, franceses o mejicanos podrán leer por primera vez algo sobre los hechos de 1714, y lo leerán desde la perspectiva histórica del bando catalán, y supongo que a ellos les dará igual cuál sea el idioma original del libro.

—Comentas que la novela dará una visión diferente de los hechos del 1714 y que has escrito la historia desde de la *rauxa* i no desde el *seny*. ¿Qué visión tendremos?

El catalanismo romántico intentó ocultar todo lo que no le interesaba de los hechos. Por ejemplo: el lamentable papel de las clases dirigentes. Hay casos heroicos entre la pequeña nobleza catalana, en efecto, pero lo cierto es que proliferan los personajes incompetentes, algunos tan nefastos que uno se pregunta si no debían estar saboteando deliberadamente el esfuerzo de guerra catalán.

–En la novela reivindicas el papel del general Villarroel y del pueblo que resistió el asedio de la ciudad.

Sí. Y aquí continúo con la pregunta anterior: otro de los hechos que se han obviado es que Villarroel no era catalán. Para la historiografía burguesa del siglo XIX y parte del XX, tan esencialista, no era admisible que el comandante en jefe de las tropas no fuera catalán; peor aún: que fuera castellano. Pero hoy en día tenemos una perspectiva diferente.

La decisión de ofrecer el mando a Villarroel te habla de una sociedad abierta de miras, un puerto donde los extranjeros eran la cosa más normal del mundo, y donde se integraban a una velocidad extraordinaria. De hecho, una de las cosas que más me conmovieron es hasta qué punto la tropa catalana llega a querer a Villarroel, y viceversa.

Cuesta de creer, pero cuando Villarroel se despide de sus hombres acaba llorando en público, y se lamenta de no ser un soldado raso para poder morir con ellos. Pues bien, al final Villarroel se queda, y ya sabemos el precio que tuvo que pagar por su fidelidad a los barceloneses: prisión y tortura hasta la muerte.

–El espíritu de los ciudadanos hizo que la ciudad de Barcelona, contra todo pronóstico, pudiera resistir durante más de un año de asedio. ¿Hoy en día sería posible? ¿Se ha perdido el espíritu de lucha?

No lo sé. De lo que estoy seguro es de que los barceloneses del 1714 nos ofrecen un ejemplo muy difícil de igualar, y de que es precisamente por eso por lo que nos avergonzamos de nosotros mismos.

–¿Ves alguna similitud entre las dos épocas?

Sí. En el 1714 nos machacaron físicamente. En el 2014, simbólicamente. Pero en el fondo es lo mismo. Lo que quiero decir es que hoy en día, y en la Europa occidental, la violencia del poder se ejerce por otros medios, pero en última instancia el objetivo es el mismo. También debo admitir que yo nunca he creído en el concepto de España. Pero es que, a ver...

–Últimamente el cine está apostando por tu literatura. Hace pocos meses empezó el rodaje del cuento *El bosc*, luego está el proyecto de la adaptación de *La piel fría*... ¿*Victus* se podría convertir en una superproducción de cine?

Cualquier productor se dará cuenta de que *Victus* és un guión potencialmente muy interesante.

***Victus* es una novela histórica que se sitúa a inicios del siglo XVIII y narra la Guerra de Sucesión a través de un joven barcelonés, Martí Zuviría.**

***Victus* es la tragedia de un individuo que se convierte en un genio en las artes de fortificación y expugnación propias del siglo XVIII, pero a quien el destino conduce a fortificar y a expugnar su propia ciudad: Barcelona.**

Es un libro impresionante, con una fuerza extraordinaria, ante el cual uno tiene que quitarse el sombrero y hacer una reverencia. Son admirables tanto el dominio del tema que demuestra como el análisis que hace de los comportamientos humanos, individuales y colectivos (de los catalanes y de los castellanos), junto con una sátira aguda y saludablemente irreverente.

JOAQUIM ALBAREDA SALVADÓ, catedrático de Historia Moderna.
Especialista en la Guerra de Sucesión.

Como historiador, no he estudiado aquellos hechos de principios del XVIII, pero sí su papel en la construcción de la mitología, la simbología y la liturgia del catalanismo. Desde esta última perspectiva, es un huracán de aire fresco, una visión desde abajo, irreverente, iconoclasta en el mejor sentido de la palabra. *Victus* no desmonta nuestro principal mito nacional; lo rehace, todavía más potente, más vibrante, más cercano que en la versión canónica... El retrato de Antonio de Villarroel, por ejemplo, es magnífico... En fin, que he devorado el texto con la misma fruición y la misma satisfacción con que, de joven, devoraba las novelas históricas clásicas, de Dumas a Hugo.

JOAN B. CULLA, profesor de Historia Contemporánea